

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

El cual, viéndose acosado de los cazadores, se tora-za y harpa con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido. Mondó a Sancho que alzase el yelmo, el cual, tomándola en las manos, dijo:

- Por Dios que la baccá es buena y que vale un real de a ocho como un maravedí.

Y, dándosele a su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola a una parte y a otra, buscándole el encaje, y, como no se le hallaba, dijo:

- Sin duda que el pagano a cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza; y lo peor de ello es que le faltó la medida.

Cuando Sancho oyó llamar a la baccá «celada», no pudo tener la risa, más vínasele a las mentes caderas de su amo y cayó en la medida de ella.

- ¿De qué te ríes, Sancho? Dijo don Quixote.

- Ríeme - respondió él - de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una baccá de barbero pinte parada.

- ¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo por algún exorano

2

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

accidente debió de venir a manos de quien no supo conocer¹ ni estimar su valor y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutación, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada, cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

- Eso será - dijo Sancho - si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

- No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho - dijo don Quijote -, que yo tengo la receta en la memoria. - También la tengo yo - respondió Sancho -, pero si yo le hiciere

CAPÍTULO VIOÉSIMO PRIMERO

ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora, cuando más que no pienso ponerme en ocasión de hablarle menester, porque no pienso ponerme en ocasión de hablarle menester porque pienso guardarme con todas mis cinco sentidos de ser gerido ni de gerir a nadie. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y, si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la maneta nos llevare.

— Mal cristiano eres, Sancho — dijo oyendo esto don Quijote —, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábetete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te duide aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla que pasatiempo, que, a no entenderlo yo así, ya yo hubiera uuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que le hicieron los griegos por la robada Helena. La cual si fuera en este tiempo, o mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa. Como y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: — Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar

(4)

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero, dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos de este caballo rucio roado que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que, según él puso las pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergeño de volver por él jamás. ¡Y para mis burbas, si no es bueno el rucio! — Nunca yo acostumbro — dijo don Quijote — despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que Sancho, deja ese caballo o asno o lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él.

— Dios sabe si quisiera llevarle — replicó Sancho — o por lo menos trocalle con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden a dejar trocar un asno por otro; y querría saber si podría trocar los aparejos siguiera.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

- En eso no estoy muy cierto - respondió don Quijote -, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes de ellos necesidad extrema.

- Tan extrema es - respondió Sancho -, que si^o fueran para mi misma persona no los hubiera menester más.

Y luego habilitado con aquella licencia, hizo mutacio caparum y puso su jumento a las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despajaron, bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara a mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían puesto.

Cortada, pues, la cólera, y aun la melancolía, subieron a caballo, y sin tomar determinado camino, por ser muy de caballeros andantes el no tomar ningún cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre les seguía por dondequiera que guiaba, en buen amor y compañía. Con todo esto volvieron al camino real y siguieron por él a la ventura, sin otro designio alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho a su amo:

- Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa

(6)

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

un poco con él? Que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se malograra.

-Dila -dijo don Quijote- y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

-Digo, pues, señor -respondió Sancho-, que de algunos días a esta parte he considerado cuán poco gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y enrejadas de caminos, donde, ya que se ventan y acaban las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así, se ~~han~~ quedarán en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas se merecen. Y así, me parece que sería mejor, salvo el mejor parecer de vuestra merced, que nos fuésemos a servir a algún emperador o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor a quien sirviéramos, por fuerza nos ha de remunerar a cada uno según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderos; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

-No dices mal, Sancho- respondió don Quijote-, mas antes que se llegue a ese término es menester andar por el mundo, como en aptobación, buscando las aventutas, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y todoen dando voces, diciendo: «Este es el Caballero del Sol» o de la sierpe, o de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. «Este es- ditán- el que venció en singular batalla al gitano Brocabrino de la gran fuerza; el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años.» Así que de mano en mano itán ptegrando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se pteparará a las ventanas de su real palacio el Rey de aquel Reino, y así como vea al Caballero conociéndole por las armas o la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «¡Ea, sus! Salgan mis Caballeros cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería que allí viene»

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de las tierras a duras se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los de ella, y cada uno parezca a a otra cosa más divina que humana y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa y con gran civita en sus corazones, por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda a algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en sarseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola a goturo de los circunstantes, y ella hará lo mismo, con la misma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una hermosa duenda que entre los gigantes detrás del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

luego el rey que todos los que están presentes la proeben,
 y ~~ninguno~~ ninguno le dará sin y como sino el caballero
 huésped, en mucho pro de su gana, de lo cual quedará
 contentísima la infanta, y se tendrá por contenta
 y pagada además por haber puesto y colocado sus
 pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que
 este rey o príncipe o lo que es tiene una muy reñida
 guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero
 huésped le pide, al cabo de algunos días guerra dicha
 darásela el rey de muy buen talante, y el caballero
 le besará cortésmente las manos por la merced que
 le hace. Y aquella noche se despedirá de su señora
 la infanta por las rejas de un jardín, que cue
 en el aposento donde ella duerme, por las cuales
 ya otras muchas veces la había subido, siendo
 mediana y sabidora de todo una doncella de
 quien la infanta mucho se fiaba. Suspirará él,
 desmayarse ella, traerá ella la doncella, avitalase
 mucho porque viene la mañana y no quería que
 fuesen descubiertos, por la honra de su señora.
 Finalmente, la infanta volverá en sí y dará sus
 blancas manos por la reja al caballero, el cual
 se las besará mil y mil veces y se las bañará

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos o malos sucesos y rogarle la princesa que se detenga lo menos que pudiere; prométerselo ha él con muchos juramentos; tórnale a besar las manos y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde allí a su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la reina y de la infanta; dicente, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta y que no puede recibir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo le rotar todo, vásele a decir a su señora, la cual la recibe con lágrimas y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero y si es de linaje de reyes o no; asegúrala la doncella que no puede haber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino es sujeto real y grave; consuélase con esto la cuitada; procura consolarse; por no dar nul indicio de sí a sus padres, y a cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfo de muchos batallas, vuelve a la corte, vea su

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

Señora por donde suele concertarse que la pida a su padre por mujer en pago de sus servicios; no se la quiere dar el rey porque no sabe quién es; pero, con todo esto, o robada o de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene a ser su esposa, su padre lo viene a tener a gran aventura, porque se vino a averiguar que tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero, en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes a su escudero y a todos ellos que le ayudaron a subir a tan alto estado: casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

- Eso pido, y barras derechas - dijo Sancho -; a eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced llamándose el Caballero de la Triste Figura.

- No lo dudes, Sancho - replicó don Quijote -, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido las caballeros andantes a ser reyes y emperadores. Sólo falta ahora mirar que rey de los cristianos o de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para

(12)

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

pensar esto, pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama, por otras partes que se acuda a la corte. También me falta otra cosa: que, puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podía hallar que yo sea de linaje de reyes, o por lo menos primo segundo de emperador, porque no me querrá el rey dar a su hija por mujer, si no está primero muy enaltecido en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos. Así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad y de deber pagar quinientos sueldos, y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslucrase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto del rey. Porque te tengo saber, Sanchito, que hay dos maneras de linajes etc. el mundo: otros que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha destecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores; de manera que está la diferencia entre que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron; y podría ser yo de éstos, que, después de averiguado,

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la infanta me ha de querer de manera que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un acazán, me ha de admitir por señor y por esposo; y si no, aquí entra el roballa y llevalla donde más gusto me diere, que el tiempo o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

- Ahí entra bién también - dijo Sancho - lo que algunos desalmados dicen: «No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza»; aunque mejor cuadra decir: «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos». Dígolo porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domear a entregalle a mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella. Pero está el daño que, en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar a diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa;

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

Porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.

- Eso no hay quien la quite - dijo don Quijote.

- Pues como eso sea - respondió Sancho -, no hay sino encomendarnos a Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare.

- Hágalo Dios - respondió don Quijote - como yo deseo y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene.

- Sea por Dios - dijo Sancho -, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.

- Y aun te sobra - dijo don Quijote -, y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso, porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada. Porque en haciéndote conde, catáte ahí caballero, y digan lo que dijeren; que a buena fe te han de llamar señoría, mal que les pese.

- ¡Y montas que no sabría yo autorizar el litado! - dijo Sancho.

- Dictado has de decir, que no litado - dijo su amo.

- Sea así - respondió Sancho Panza -. Digo que les sabría bien acomodar, porque por vida mía que un tiempo fui munidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de munidor, que decían todos

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

que tenía presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón du- cal a cuestras o me vista de oro y de perlas, a uso de coude extranjero? Para mí tengo que me han de venir a ver de cien lenguas.

- Bien parecerás - dijo don Quijote - , pero será menester que te rapas las barbas a menudo, que, según las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días por lo menos, a tiro de esco- peta se echará de ver lo que eres.

- ¿Qué hay más - dijo Sancho - sino tomar un barbero y tenerle asalariado en casa? Yahu, si fuere menester, le hare que ande tras mí, como caballero de grande

- Pues ¿cómo sabes tú - pregunto don Quijote - que las grandes llevan detrás de sí a sus caballeros?

- Yo se lo diré - respondió Sancho -. Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseábase un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía a caballo a todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era un rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro sino que siempre andaba tras de él. Respondiéronme que era su caballero y que era uso de grandes llevar tras sí a los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me la

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

Olvidado.

-Digo que tienes razón - dijo don Quijote - y que a sí puedes tú llevar a tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron a una, y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero, y aún es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

-Quédese eso del barbero a mi cargo - dijo Sancho -, y al de vuestra merced se quede el procurar venir a ser rey y el hacerme conde.

-Así será - respondió don Quijote.

Y alzando los ojos, vio lo que se dirá en el siguiente capítulo.